

Again with the Blues.

Año 14. Época 4. Nº 23.

Mayo del año 2000.

“Nada es imposible al que practica la contemplación. Con la contemplación se llega a ser dueño del Universo” (Lao-Tse)
“No incluiré en la lista de mis amigos a un hombre que, aun agraciado con finas maneras y con un sentido delicado, pero carente de sensibilidad, pusiese sin necesidad el pie sobre un gusano” (Cowper)
“Los ambiciosos que no se contentan con los beneficios de la vida tienen como penitencia que ellos mismos se destruyan esa existencia y que no alcancen la utilidad y la belleza del mundo” (Leonardo da Vinci)
“El sol está aquí y es el momento propicio para bailar en la calle” (Mike Jagger y David Bowie)

EDITORIAL.

Hola a todos, amiguitos y amiguitas. Estos días atrás, mientras conducía (en ese estado de trance similar al zen en el que los kilómetros desaparecen y tanto el tiempo como la misma realidad se disuelven en una nada ausente) reflexionaba sobre los misterios de la condición humana (eso nos pasa a los que no nos gusta el fútbol. Si nos gustara, las cosas serían acaso más fáciles y nos quebraríamos los cascos con menos majaderías). Pensaba en lo sencillas que serían las cosas si nos contentáramos con vivir nuestras vidas, sin inmiscuirnos en los asuntos y pensamientos de los demás (particularmente cuando los demás no nos han pedido que lo hagamos). Pensaba en lo sencilla que sería la vida si no tratáramos de competir los unos con los otros. Pensaba en lo fácil que sería nuestro paso por este mundo si tuviéramos la inteligencia suficiente como para distinguir lo esencial (que es

invisible a los ojos, como diría aquel otro) de lo superfluo, y lo importante de lo banal; si fuésemos capaces de reflexionar un instante antes de actuar. Concluía la meditación con la idea de que realmente está en nuestras manos (en las tuyas, y en las tuyas, y también en las tuyas, amiguito o amiguita lector o lectora (táchese lo que no proceda)) hacer de este planeta un lugar mejor. Es una cuestión de actitud personal; de que cada uno de nosotros decidamos simplemente que deseamos vivir así y, sin más, lo hagamos...

Había llegado a esta conclusión cuando de pronto apareció aquel babuino con un BMW plateado que colocó arrogantemente a quince centímetros de mi parachoques trasero, con la obvia intención de darme una pasada apabullante en cuanto tuviera la oportunidad. De modo que, para darle una lección de humildad, puse mi coche a 170 km/h y observé con satisfacción como el androide y su ostentoso carro disminuían de ta-

maño en mi retrovisor. Pero claro, aquel anormal no podía entender que no se debe avasallar a los demás, por lo que pronto volvió a la carga y de nuevo se colocó cerca, tan cerca de mí que podía ver sus ojillos porcinos inyectados en sangre mirándome desde detrás del costoso parabrisas tintado de su vehículo. Contraataqué entrando en la curva sin tocar el freno y me lancé en tromba hacia el camión cisterna que circulaba (para fastidiar, siempre para fastidiar...) algunos metros por delante de mí. El chimpancé me imitó y cruzamos el semáforo en rojo como dos cohetes rugientes ante las mismas narices de los estupefactos números de la Guardia Civil que estaban allí de caza. Había que actuar y pronto. Contando los segundos, deslicé mi coche en una brillante maniobra de adelantamiento en los trece metros que me separaban del turismo que venía de frente y pasé al camión cisterna sin pisar apenas la línea continua que prohibía el adelantamiento en la travesía

que cruzaba el pueblo y esquivando hábilmente a los molestos ancianos que cruzaban el paso de cebra. Todos aquellos subhumanos hicieron sonar sus cláxones en protesta (pero...¿qué sabrían ellos de lo que es conducir bien?), mas yo continué como una centella, aprovechando para coger distancia antes de que el mongoloide del BMW se repusiera de la sorpresa y pudiera adelantarse. Empleando estratégicamente las curvas, me deslicé fuera de la carretera por un camino lateral y detuve el coche, triunfante. Unos minutos más tarde pasaron todos, camión, orangután y Guardia Civil, enfrascados en una loca persecución. Después, mientras arrojaba en el seco rastrojo, junto al bosque, la colilla humeante de mi veguero, recuerdo que pensé: “¿Cómo es posible que exista gente así?”. Pues eso.

Descubierta la fórmula de la felicidad.

(Lemuria).-

El venerable profesor

Doctor Camilo Pardalis de la Universidad Estatal de Carolina del Oeste (UECO), ha provocado la conmoción en los medios científicos de todo el mundo al hacer pública lo que parece ser la fórmula de la felicidad total. La fórmula establece básicamente, según se aclaró en rueda de prensa, que la felicidad (F) es igual a $1/D$, donde D resulta de la interacción entre R, el mundo Real y el mundo Onírico (O) expresados en Deseos por minuto (Dpm) y una constante (K) diferente para cada persona que el Dr. Pardalis ha denominado para el Oscar a la mejor película...esteeeee (ya nos llamamos), ha denominado "Facifelicidad" (de "facilidad para la felicidad"). Aunque los cálculos son incomprensibles y la fórmula en cuestión ininteligible, el veterano investigador se ha apresurado a registrar la patente del descubrimiento. Ello sólo significa una cosa: que desde el pasado jueves, todo el que sea feliz, ha de pagar un porcentaje a la empresa Pardalis' Happiness, por el uso y disfrute de una felicidad que, ya, no nos pertenece. Sin embargo, la empresa, que realizó ayer su entrada en Bolsa, ha registrado una fuerte caída, puesto que al parecer, corre el rumor de que, en realidad, no existen tantas personas felices como parecían indicar los primeros estudios de mercado.

En marcha la primera Policía del Pensamiento.

(Londreantes).- Conocidos los intentos realizados a lo largo de la Historia por establecer algún tipo de control sobre el nefasto vicio de pensar libremente que tienen las personas, el pasado jueves se realizó un gran avance en esta materia durante la reunión mantenida en Ginebra por el Foro Internacional Activo para la Seguridad y el Control de las Organizaciones (FIASCO), constituido por representantes de todos los Gobiernos del Mundo, así como de varias multinacionales en la sombra; en la que el archifamoso y ya conocido por nuestros lectores habituales coronel Desmond Struo sentó las bases de la creación del "más novedoso y eficaz sistema de represión y control del pensamiento individual desde la invención del fútbol": la Policía Encargada de Neutralizar Entusiasmos (PENE). Dicha organización, que cuenta con el apoyo mayoritario de todos los Mandamases del Mundo Mundial (MMM), tendrá su sede en algún lugar desde el cual constituirá una amplia red de observación para averiguar quién-está-pensando-qué-y-cuándo-lo-hace, con la finalidad de autorizar o

desautorizar dichos pensamientos en función de su ajuste o no al modelo global de sociedad que se pretende construir. Para ello contará con todos los medios disponibles entre los que se encontrarían, cómo no, las diversas formas de ocio organizado, televisión y medios de comunicación de masas, así como con los últimos avances farmacológicos y electrónicos. Se espera que la organización esté plenamente operativa para el próximo jueves a las siete horas, treinta y dos minutos, cuarenta y cinco segundos, lo cual es ya de por sí un ejemplo de precisión encomiable.

Milagro.

(Londresiempre).- Un grupo de trabajadores de un Ministerio (no se nos ha permitido informar acerca de cuál de ellos) mantuvo una reunión de trabajo el pasado jueves que terminó en un sorprendente e inquietante resultado: obtuvieron conclusiones. Para colmo de lo increíble (sabemos que ponemos a prueba la tolerancia de nuestros lectores, pero esto es rigurosamente cierto, lo juramos por Snoopy), las conclusiones obtenidas fueron útiles y se han aplicado. El pánico ha cundido por las administraciones públicas y fuentes gubernativas han asegurado que ya se han tomado medidas pa-

ra evitar que "hechos tan lamentables se repitan en el futuro".

Las guías prácticas de Again.

(Courtesy of A.G.B.)

Siempre con el propósito de facilitar la vida de nuestros lectores y lectoras, unas aclaraciones sobre etiqueta, de la mano de nuestro anónimo colaborador de siempre:

COMO SE BAÑA UNA MUJER:

1. Te quitas la ropa y la colocas en la cesta de la ropa sucia según la tonalidad de los colores y la delicadeza de los tejidos.

2. Caminas hacia el baño con tu bata a juego con las zapatillas. Si ves a tu pareja en el camino, te tapas bien el cuerpo y sales corriendo hacia el baño.

3. Te paras frente al espejo y observas tu físico. Sacas la barriga para poder quejarte mas de lo gorda que estas.

4. Te metes en la bañera. Buscas la esponja para la cara, para los brazos, la de la espalda, las sales de baño y el guante especial zonas difíciles

5. Te lavas el pelo con Champú de aguacate/miel/ frutas del bosque con 83 vitaminas.

6. Te vuelves a lavar el

pelo con Champú de aguacate/miel / frutas del bosque con 83 vitaminas.

7. Te echas mascarilla nutritiva al extracto de coco salvaje y especial puntas abiertas. Te lo dejas 15 min.

8. Te lavas la cara y te aplicas una mascarilla verde, que si te pilla despistado, puede ser fatal...

9. Te frotas el resto del cuerpo con jabón para el cuerpo de nueces y fre-sitas.

10. Te quitas el acondicionador del cuerpo. (Este proceso lleva como 10 min. porque hay que estar seguro de quitarse todo el acondicionador)

11. Te afeitas las axilas y las piernas. Consideras afeitarte el área del bikini, pero decides depilártelo.

12. Gritas con rabia cuando tu pareja tira de la cadena y pierdes presión en el agua.

13. Apagas la ducha.

14. Te escurres todas las partes mojadas dentro de la ducha.

15. Te sales de la ducha y te secas con un paño del tamaño de todo África.

16. Te pones un paño súper absorbente en la cabeza.

17. Te chequeas todo el cuerpo en busca de granos o "pelitos" y los atacas con tus uñas o pinzas.

18. Regresas a tu habitación con tu bata larga y dejas el cuarto de baño "impoluto"

19. Si ves a tu pareja en el camino te tapas toda y sales corriendo para la habitación y pasas una hora y media vistiéndote.

COMO SE BAÑA UN HOMBRE:

1. Te quitas toda la ropa mientras estas sentado en la cama y la dejas tirada en el suelo.

2. Te vas desnudo hasta el baño. Si ves a tu pareja en el camino, le enseñas el pene y haces un sonido como un elefante.

3. Te paras frente al espejo para ver tu físico. Metes la barriga. Te ves el tamaño del pene.

4. Te metes en la ducha.

5. No te preocupas por buscar las esponjitas y pañitos (tú no los usas).

6. Te lavas la cara con jabón (el azul puede servir...) ¡qué más da!

7. Te partes de la risa por lo alto que se oye cuando te tiras un pedo dentro de la ducha.

8. Te lavas tus partes privadas y alrededores.

9. Te lavas el pelo con cualquier jabón. Ese verde huele bien. (y sin acondicionador, por supuesto)

10. Te quitas todo el champú y el jabón y te sales de inmediato de la ducha. No te das cuenta que todo el baño esta inundado porque dejaste la cortina por fuera de la ducha.

11. Te medio secas.

12. Te ves otra vez en el espejo. Sacas los músculos y te miras el tamaño del pene (quién sabe, podría haber sorpresas) .

13. Dejas la cortina abierta y la alfombra del baño mojada.

14. Dejas la luz encendida y la ropa sucia tirada por el suelo.

15. Regresas a tu cuarto con un paño minúsculo, y si ves a tu pareja en el camino te quitas el paño, le vuelves a enseñar el pene (por si antes no lo había visto bien.....).

16. Tiras el paño mojado en la cama y te vistes en 2 min.

de manera que Again sea mucho más que una simple revista (más que una revista, un modo de vida), hemos encontrado la colaboración de alguien muy especial, con quien de verdad deseábamos contactar desde hace mucho tiempo. Dispuesta a resolver cualquier duda de nuestros amigos y amigas, llega, gracias a la involuntaria contribución de una de nuestras lectoras (quien sabe, acaso en un tiempo la única), la que todo lo sabe, la sin par... ¡Montaña de Basura!

El siguiente documento está extraído de las grabaciones secretas realizadas por reporteros de nuestra revista cuando el eximio (antes era mono. Ya no) director de este medio, el señor Crisófilax Bloemfontaine consultaba (tras cruzar el jardín de los Goris) a la Montaña, las dudas planteadas por nuestra amiga lectora.

(Reproducido sin permiso):

Primer enigma:

- "¿Por qué nos reímos de lo que a algunos les causa el llanto?"

- "Por que a nosotros NO nos lo causa".

Segundo enigma:

- "¿Por qué es tan importante medir la inteligencia y no la bondad?"

- "Por que todo el mundo cree que sabe lo que es la bondad, pero nadie tiene demasiada idea de que es exactamente eso de la inteligencia".

("Además"-añadió arte-

La Montaña de Basura.

Después del éxito obtenido por el consultorio del Dr. Gasmó, y siempre en busca de lo mejor para nuestros lectores,

ramente en un audible aparte: "es dudoso que haya negocio en eso de la bondad...")

Tercer enigma:

- "¿Por qué nuestra meta ha de ser siempre la de ser mejor que alguien?"
- "Por que nos planteamos el tener una meta. Eso es competir. Y competir contra uno mismo es más bien soso. Lo ideal es no fijarse metas y dejar que nuestros logros nos sorprendan".

El cuarto enigma

- "¿Por qué todos llevamos una máscara, aunque no sea carnaval?"
- "Por que casi nunca estamos satisfechos con lo que somos. Y si lo estamos, es mejor que los demás no lo sepan".

El quinto enigma

- "¿Por qué siempre que creemos encontrar una respuesta, aparece otra pregunta?"
- "Por que, por suerte, las cosas no son tan sencillas como para que haya una sola respuesta a cada pregunta... si lo fuese... ¿Te imaginas qué aburrimiento?. No, el Universo no es tan sencillo como pretendemos hacernos creer a nosotros mismos".

El sexto enigma

- "¿Por qué desde pequeños nos interesa tan-

to el por qué y no el cómo ni el cuándo?"

- "De pequeños no nos interesa nada.

Sólo pillar a los mayores. Si preguntas el cómo o el cuándo, muchas veces van a tener respuesta. Pero si preguntas el por qué y entran al trapo... ya los tienes agarrados (y van a tener que inventarse una cosmogonía u otro cuento para salir del apuro)".

El Séptimo Enigma

- "¿Por qué siempre nos preguntamos de dónde venimos y adonde vamos y nunca nos ha interesado el dónde estamos?"

- "Eso parece ser un defecto de funcionamiento de la consciencia: Se tiene la sensación de que uno es inmortal y eterno.

Claro que hay mucha gente interesada en aprovecharse de ese defecto para que uno desperdicie su "aquí y ahora" trabajando para un "mañana mejor".

En cualquier caso, lo mejor es hacer cada cosa que hagamos como si fuese a ser la última cosa que vayamos a hacer en nuestra vida. Hasta fregar los cacharros brillante con especial intensidad si se hace desde ese punto de vista."

El octavo enigma

invitaros a pensar en todo lo que esa palabra puede o ha podido significar para vosotros. Para ello echamos de nuevo mano a uno de nuestros más queridos autores.

Intentado impregnarse de espíritu

- "¿Por qué los hombres siguen pensando que las mujeres son menos capaces en tareas que creen masculinas, véase conducir, por ejemplo, y viceversa?"

- "Tomaré prestada una frase de cierto humorista, el cual la tomó prestada a su vez de una amiga suya:

"Machista es ese tío que cuando ve a un hombre haciendo una burrada dice: ¡qué burro es ese tío!; pero si ve a una mujer dice: ¡qué burras son las mujeres!" (Obviamente la frase es reversible con sólo cambiar los géneros).
En definitiva y respondiendo:

Por que hombres y mujeres se olvidan de que no existen "los hombres" o "las mujeres".

Existen personas con cara y nombres, frente a las cuales, los pronósticos fáciles están condenados al fracaso.

Pero pensar así es cómodo. Y muchas personas gustan de funcionar según la ley del mínimo esfuerzo (mental)".

El noveno enigma

- "¿Por qué les negamos la inteligencia a todos los seres de este planeta y sólo se la suponemos a seres de otros mundos, que además imaginamos muy parecidos a nosotros?"

- "Es más fácil comerse un pollo si supones que no puedes conversar con él.

Es más fácil matar una vaca si das por hecho que no sufre o siente como tú.

Siguiendo la lógica, es más fácil destruir a tu enemigo si supones que no es como tú, imaginando que ni siquiera es humano.

Los seres de otros mundos pueden permitirse el lujo de ser inteligentes por una sencilla razón:

NO ESTÁN AQUÍ.

Los que estamos aquí, o somos humanos o somos salvajes o somos comida. Y punto.

Y perdone Vd. la carga de pesimismo inherente a esas palabras."

El décimo enigma

- "¿Por qué la gallina cruzó la carretera?"

- "Para llegar al otro lado" (O, al menos, eso dijo el mismo Fozzie en un episodio de los "pequeñecos").

El undécimo enigma

- "¿Por qué el mandril tiene el culo rojo y pelado?"

- "Por razones estéticas (y, si no me crees, preguntales a sus partenaires sexuales qué opinan al respecto)"

romántico (según sus biógrafos, intentando impresionar a una moza particularmente hermosa que tenía de vecina), Kelmost Arin comenzó a escribir una larga serie de poemas "terriblemente atormentados", según él. La cosa

Rincón literario.

Es primavera, amiguitos y amiguitas, una primavera especial. Quisiéramos desde estas páginas

hubiese podido quedar en el mero detalle anecdótico de no ser por que, asimismo, nuestro amigo,

comenzó a rehuir la luz del sol para mostrar un cutis pálido y enfermizo; empezó también a vestirse con trajes oscuros y a pasearse por viejas ruinas con aire lánguido. En vez de parecerse a Becquer o a Espronceda, Kelmost logró una asombrosa semejanza con Lidia, la amiga de Bitelchús (es de suponer que las minifaldas negras, las medias de rejilla y las grandes pamelas oscuras no le sentaban demasiado bien). El clímax de esa orgía romántica llegó cuando, llevado de la desesperación existencial, el poeta intentó pegarse un tiro en la sien. Por suerte para la posteridad, el pegamento empleado era bastante malillo, por lo que el tiro se despegó a los pocos minutos y cayó al suelo sin mayores consecuencias. Fruto de ese episodio creativo tan intenso, han llegado hasta nosotros obras como “Miseria y destrucción”, “La revelación del secreto de la amada difunta”, “La atroz tortura de la Inquisición” y la obrilla que os ofrecemos hoy (principalmente por que es corta), la afamada...

Canción del pirata.

*“Mandando alevoso el mar
océano,
su rumbo firme y sin guiarse
ni de sol ni de luna ni de estrella.
Alza la voz enorme, que resuena
en las costas y en las playas de la
Muerte.
Bajo el sol abrasador, cruel e
inclemente
(dejada de la mano de los dioses)
en la luz cenital y en las arenas,
se blanquea su olvidada
calavera.
Ya no es nada, ni fue, ni nunca ha
sido...
en las ansias de poder y del
tesoro...”*

*Puro cuento, una leyenda,
perseguido
convertidos en fantasmas sin
cabeza.*

*El dolor que en su vida
provocaron
y el gritar primitivo de las bestias
es silencio. Nada queda. Solo el
claro
lamento de la mar que les
espera.”*

(2000)

Lo que no hemos podido saber es si ligó o no con su vecina...

En fin.

A continuación, como plato principal de hoy, queremos ofrecer algo especial. Algo que nunca ha visto la luz hasta este momento...Extraída del apasionante librito “Chuan-Che para niños”; escrito por, por...bueno, por...el propio Chuan-Che, quisieramos ofrecer una interesante historieta. Pretendemos con ella aclarar una serie de puntos oscuros en la biografía de nuestro filósofo y picapedrero que aún hoy despiertan controversia entre los interesados por el tema (pues sí, aunque no lo creáis, hemos dos o tres interesados). Dedicado íntegramente a la infancia del insigne maestro; “Chuan-Che para niños” se ha convertido en la única fuente documental relativa al periodo de su vida anterior al día en que se cayó de cabeza desde lo alto de un muro. Aquel día, se partió un diente, se hizo una cicatriz en la barbilla que llevaría toda su vida y, algo cambió para siempre... “Era un niño normal, considerado, muy trabajador y educado”, cuenta su madre, avergonzada, “pero desde entonces, comenzó a...¡oh, cielos, no puedo decirlo!; comenzó a...¡pensar!” En fin, la historieta que os ofrecemos hoy, no tiene nada que ver con eso,

pero sin embargo nos explicará algo más jugoso e interesante aún. Un episodio crucial en la vida de Chuan-Che...¿fue importante para Gautama salir del palacio y encontrarse al mendigo? Pues eso no es nada comparado con lo que le pasó a nuestro amigo...

La gesta de un filósofo. Y dos.

“De cómo Chuan-Che descubrió que el Mundo Real y la Realidad son dos cosas diferentes”.

“Sucedió, queridos amiguitos, que en aquel lejano entonces, cuando Chuan-Che aún se llamaba “Oye tú, mocoso”; su familia y él vivían en una pequeña casita, en todo idéntica a otro montón de pequeñas casitas que se hacinaban en torno a la ciudad de Washu-rah. Todas aquellas chabolas eran tan iguales, desde los trozos de madera de las paredes, hasta los plásticos que hacían las veces de techos, que el pequeño “Oye tú, mocoso” tenía serias dificultades para encontrar la suya cuando volvía, junto con los demás niños, de su trabajo de dieciséis horas diarias en una cercana fábrica de zapatillas deportivas de marca destinadas al mercado americano.

Nueve o diez de cada diez veces se equivocaba de chabola y entraba en otra que no era la que le correspondía, de donde solía salir a empellones, entre soeces improprios, mordisqueado por los perros o perseguido por los legítimos dueños del lugar. Pero eso era algo a lo que nuestro niño estaba acostumbrado, de manera que, tras varios intentos, lograba dar con su casa y allí se quedaba, junto a sus diecinueve hermanos y hermanas. Esa era su rutina y su forma de vivir, cosa que no le disgustaba tanto como podéis imaginar, puesto que no conocía otra. Al menos hasta el día que entró en la choza de Lí-si-nah.

La Dama Lí-si-nah que era una anciana muy simpática y muy, muy sabia; vivía en una chabola exactamente igual que la de Chuan-Che, pocos metros callejón arriba, por lo que no es de extrañar la confusión. Y hubiera sido una confusión más, perdida en un maremágnum de despistes similares de no ser por dos causas fundamentales:

Una fue que, por primera vez en sus seis años de vida, “Oye tú, mocososo” no fue arrojado al arroyo con cajas destempladas, sino que pudo escuchar una voz que le dijo: “creo, niño, que te has equivocado de casa”. Cuando nuestro héroe dirigió la vista hacia la propietaria de la voz que tan tranquilas palabras modulaba, se encontró con la mirada amable de Lí-si-nah, la cual, redondeando lo inusual en un gesto claramente extravagante en aquel lugar... ¡sonrió!. Chuan-Che no tenía muy claro el porqué aquella señora le enseñaba los dientes, pero el gesto no se le antojó amenazador, de modo que no sintió miedo, sino una especie de tranquila aceptación.

La segunda causa fundamental es que, cerca de la puerta, para que recibiera abundante luz; metida en una vieja lata, Lí-si-nah tenía una planta. No era una planta cualquiera. Era un vigoroso y sano ejemplar de un raro arbusto chino, conocido desde hace miles de años con el nombre de K'wai, famoso por las propiedades psicotrópicas y alucinógenas de sus hojas y, por ello, prohibido su cultivo y perseguido como atentado al monopolio del Estado. ¿Por qué la Dama cultivaba el arbusto en su humilde choza?. Bueno, aparte del hecho de que no disponía de terreno para hacerlo, de que si hubiera dispuesto del mismo, la ley no se lo permitía y de que era pobre, la Dama cultivaba el arbusto estrictamente para su consumo personal (lo cual puede

explicarnos, quizá, la sonrisa y la afable tranquilidad espiritual con que recibió la inesperada irrupción del niño).

“Oye tú, mocososo” no tenía conocimientos de botánica, herboristería o psicofarmacología, pero sí que, como filósofo en ciernes, tenía una cierta sensibilidad estética innata. Y el arbusto K'wai, casualmente, estaba en aquellos días en plena floración. No tiene unas flores particularmente extrambóticas –nada complicado, como los lirios o las orquídeas– pero las que tiene; pequeñas, blancas, delicadas, pueden sin ningún esfuerzo llamarse bonitas. Y además está el aroma. Fragante, dulce, ligeramente hipnótico, el perfume del K'wai contrastaba con el hedor de albañal abierto de las calles y las chabolas, como contrastan la Bella y la Bestia, Laurel y Hardy, Tom y Jerry, Popeye y Oliva, Pedro Picapiedra y Pablo Mármol... En otro lugar cualquiera, sin duda hubiera llamado la atención, pero allí... allí resultaba sublime. Y nuestro amigo se quedó encantado.

Y ese es el comienzo de nuestra historia. Casi sin darse cuenta, Chuan-Che comenzó a acostumbrarse a acudir al cuchitril de Lí-si-nah. Allí no hacía gran cosa, salvo mirar cómo se abrían las flores y deleitarse unos instantes con su aroma; en lo más parecido a un jardín que hubiese encontrado en sus cortos años de vida (de la fábrica de zapatillas a la chabola, “Oye tú, mocososo” tenía que atravesar un vertedero de residuos industriales, los depósitos de carbón de la “Chinese Steel & Corp.” y las vías del ferrocarril Wa-shu-rah – Pekín – Macao). A veces, con cuidado de que no le vieses los vecinos, entreabría la cortina mugrienta que hacía las veces de puerta y dejaba que el sol alimentase la planta. La Dama Lí-si-nah no hizo demasiado caso a las apariciones del menu-

do muchacho. Una vez que se aseguró de que no pensaba robarle el arbusto, dejó de interesarse por él, sumida en los ensueños que le llegaban con cada bocanada del humo azulado, denso y aromático de las hojas del K'wai. Casi, casi podríamos afirmar que “Oye tú, mocososo” y la pequeña planta se habían hecho amigos... ¿Por qué si no el pequeño arbusto parecía perfumar el aire con más ganas cuando se acercaba la hora en que el niño regresaba del trabajo? ¿Por qué si no el cansancio parecía haber desaparecido de los pies del chiquillo al esquivar a los vagabundos y saltar los charcos tóxicos del extrarradio hacia el infecto cinturón de chabolas que aquellas gentes llamaban hogar?. Hay quien dice que eso no es posible; que una planta y un ser humano no pueden ser amigos bajo ningún concepto. Que las plantas no pueden sentir y todas esas cosas. No podemos decir nada más al respecto y dejamos el asunto para que juzguéis vosotros mismos... (Pero si sois algo escépticos al respecto, no os contaré nada acerca de mis relaciones con un acebo que crece en mi jardín. Al menos no os contaré nada gratis. Siempre podéis suscribiros cómodamente en la página www.sexinacas.com, en la que encontrareis 24 horas de video en vivo, miles de fotografías y chats individuales con las más ardientes representantes del reino vegetal)

Mas la tragedia (sí, la tragedia. La primera tragedia en la hasta entonces inocente vida de nuestro amiguito (si descontamos la explotación laboral, el hambre, el hacinamiento y otras menudencias puramente físicas, claro)) se mascaba en el horizonte, apenas imaginada por el chaval. ¿Qué podía él saber acerca de las fuerzas crueles que el Destino esquivo

gusta de desatar contra los pobres mortales? ¿Qué podía su mente infantil imaginar acerca de las subterráneas corrientes del pensamiento adulto? ¿Qué sabía él acerca del inevitable aumento del desorden y la entropía en el cosmos? (pues nada, corcho: el chico no tenía aún seis años y ni siquiera conocía la palabra “escuela”).

Para ser justos con todos hemos de señalar que el muchacho llevaba unos días raro. En vez de llegar como de costumbre agotado, desplomándose sobre su sitio en el único jergón familiar; llegaba más tarde, inusualmente calmo y descansado. En vez de llegar como habitualmente, taciturno y silencioso; sus dientes brillaban a través de un extraño rictus en su rostro: ¡una sonrisa!. La madre de Chuan-Che conocía las sonrisas por que una vez había visto una en un cartel anunciador de una pasta dentífrica y alguien había conseguido calmar su espanto explicándole lo que significaba aquella mueca. En vez de llegar como siempre, sucio, mugriento y con su natural aroma a humano sin lavar; el chico traía las manos limpias y el cabello mojado y un cierto olor agradable.

“¿Qué te traes entre manos?”- Preguntaba su madre – “Estás muy raro últimamente”.

“Nada” contestaba el niño. “He estado viendo unas flores”.

“¿Flores?”

“La dama Lí-si-nah tiene flores en su casa”

“Si esa es una dama, yo soy la meretriz de la China (y bueno, ella quería decir “emperatriz”, pero la mujer no había ido nunca al colegio)”.

Así pasaron los días. “Oye tú, mocoso” acudía a su jardín privado, (no creáis que no le costaba encontrar la choza de Lí-si-nah, no. También se perdía y entraba en siete u ocho chamizos antes de

dar con el correcto), donde pasaba un rato feliz, fingiendo cuidar a su amiga la planta, bajo la turbia mirada nebulosa de la anestesiada Dama. Luego regresaba a casa, a hacinarse con su familia. Hasta que un día....

“¿Flores? ¡Tú eres un desgraciado!”; dijo su madre “Si lo que la arpia de Lí-si-nah tiene en su casa es un K’waï... ¡ya decía yo que venías muy contento!... ¡Tú has estado fumando esa cosa!”. El discurso, acompañado de una cierta dosis de mojicones, zarandeos, pellizcos y capones, pilló al pobre niño totalmente desprevenido.

“Ahora mismo voy a decirle cuatro verdades a esa señora”, concluyó la mamá de Chuan-Che “y si me entero de que has vuelto a fumar... ¡¡¡ se te va a caer el pelo!!!”

“Pero mamá... si yo...”

“Tú te callas ahora mismo”

¿Qué había sucedido?

Nada del otro jueves. O del viernes. Ni siquiera del fin de semana. Veréis, una vecina de la dama no dejó de observar las frecuentes entradas del niño en la penosa cabaña. No pudo evitar comentarlo con otra amiga suya (y convencina de chamizo) la cual, a su vez, así como de pasada, comentó en una reunión de amigas que hordas de chiquillos entraban quién sabe para qué en casa de Lí-si-nah. Alguien añadió en algún momento el jugoso detalle de que la dama vendía primorosos cigarrillos de K’waï a los niños. Bueno, el relato pasó de boca en boca y, de no ser por que las Fuerzas del Orden rara vez se internaban entre las miserables viviendas, faltó muy poco para que la dama se viera trasladada a una residencia permanente en la cárcel de la ciudad (vulgo, “Centro de Rehabilitación y Reinserción Social de Marginados”)

Y ese fue el triste final. Efectivamente, la mamá de Chuan-Che fue gallardamente calle arriba a hablar con la Dama Lí-si-nah (también le costó encontrar la casa. Cinco intentos). Qué hablaron entre ellas es cosa que no tenemos muy claro, puesto que hablaron muy deprisa y muy fuerte, pero las conclusiones fueron las siguientes:

1.- “Oye tú, mocoso” había fumado K’waï.

2.- “Oye tú, mocoso” era un adicto al K’waï

3.- “Oye tú, mocoso” no volvería a fumar K’waï

4.- Para ello, el niño no volvería a mirar siquiera la planta. Esa planta. Ninguna planta. Nada verde.

5.- Para ello era mejor que no se acercase siquiera a la choza de Lí-si-nah.

Y eso fue lo que pasó.

Aquí acabaría la historia, como tantas otras historias infantiles, de no ser por que “Oye tú, mocoso” que estaba destinado a ser filósofo; se detuvo un día en la embarrada calle y pronunció estas palabras, inmortalizadas por la historia y repetidas miles de veces, por miles de personas en miles de situaciones similares. ¿Qué dijo?. Pues el niño, mirando al lejano cielo azul dijo:

“No es justo”.

Moraleja: años más tarde, al recordar estos hechos ante sus discípulos, que le miraban con expresión absorta y los ojos muy abiertos (empezamos a sospechar que muchos de ellos fumaban también más K’waï de lo aconsejable), Chuan-Che dijo:

“Arthur C. Clarke dijo una vez: “Si muchas personas creen en una leyenda, ésta se convierte en realidad” ¿Y cuántas personas hacen falta? ¿mil?, ¿cien?... ¿No basta con que una sola la crea?. La realidad está en cada uno de

nosotros”.

Pues eso.

Por cierto...¿Hace un pitillito K'wai?”

Prosiguiendo con la andadura en la que nos embarcamos en nuestro anterior número, os ofrecemos el segundo capítulo de nuestro serial-folletín, ante el aluvión de cartas de nuestros lectores empeñados en que así lo hagamos que esperamos recibir en los próximos días, algún día. Y seguimos teniendo la aviesa intención de obligar así a nuestro autor fétiche a terminar de una vez su extensa obra. Tal vez.

Cieno en el fondo de la Copa (Y dos)

Resumen de lo publicado: En nuestro anterior capítulo asistíamos a la presentación de los acontecimientos singulares que rodearon el nacimiento de nuestro protagonista.

“...El dos de Diciembre de 1965, alrededor de las siete y media de la tarde, Don Celestino Porras Sanz, vecino del número 4 de la Calle de Santa Águeda, creyó escuchar unos débiles gemidos provenientes de una reja de desagüe situada frente a su portal cuando regresaba a su hogar desde la empresa de carpintería situada en la Calle de las Tablas, donde trabajaba habitualmente. En principio, según manifestaría más tarde a los agentes de la Policía Municipal que le interrogaron al respecto, creyó que podría tratarse de algún gatito atrapado en los desagües en una de sus correrías. Movidio por la curiosidad, se acercó a echar un vistazo y ver si podía liberar al animal, no fuera a morir allí e inundara la calle con el hedor de la putrefacción.

No vio nada salvo el oscuro revestimiento cenagoso de las paredes del estrecho sumidero, ni

tampoco escuchó nada. Cuando estaba por abandonar el asunto, oyó de nuevo el mismo quejido débil y le pareció que provenía de lejos, de algún lugar en la laberíntica red de conductos de desagüe. También, contaría más tarde, comenzó a perfilarse en su mente la idea de que los gemidos sonaban "demasiado humanos". Don Celestino dio aviso a los agentes de la policía municipal D. Leandro López Soria y D. Alberto Casas que se encontraban, casualmente, paseando por la cercana Calle del Pósito. Tras escuchar por sí mismos los cada vez más débiles gemidos, sin más demora que la necesaria para despojarse de sus gorras y sus chaquetas, procedieron al levantamiento de la pesada tapadera de metal que permitía el acceso a la sección de zona del sistema de alcantarillado.

No les llevó demasiado tiempo encontrar la fuente de los lamentos. Aunque ninguno de los dos agentes disponía de una linterna, la escasa luz que se filtraba por el acceso al túnel les permitió guiarse sin demasiadas dificultades hacia el lugar donde se escuchaban los gemidos. El pasadizo por el que caminaban se abrió bruscamente a un tramo mucho mayor y allí, apenas a siete metros de la desembocadura, acunado en un montón informe de sustancias sin identificar, protegido por un montoncillo de ladrillos desprendidos del techo años antes, los dos agentes encontraron un niño. El bebé se encontraba cubierto de una costra oscura y pegajosa de légamo, pero respiraba con normalidad y, aparte de una ligera desnutrición, no presentaba ningún problema o alteración significativa.

"¡Vámonos de aquí!"-dijo el agente López -"¡No hay quien aguante la peste! No sé si voy a poder soportar mucho tiempo!" -

Logró añadir casi al tiempo que depositaba sobre los añejos ladrillos el contenido de su estómago.

El agente Casas no podía responderle. Conteniendo la respiración hasta el borde de la asfixia, recogió al bebé preguntándose en su interior cómo podían existir seres que se llamasen a sí mismos personas capaces de abandonar a un bebé de aquella forma. Pero sus reflexiones no fueron mucho más lejos. Comenzaba a marearse de verdad. Nubecitas y partículas de colores centelleaban ante sus ojos en la oscuridad. El cieno negruzco que impregnaba el túnel le pareció cada vez más escurridizo y temía perder el equilibrio y dejar caer al niño. Sospechó que la presencia de algún gas venenoso producido por las putrefacciones podría convertir su aventura en una tragedia. Todas estas cosas cruzaban por su mente sin que se formularan con palabras. Por ello es comprensible que cuando vio, semioculta en la oscuridad del túnel principal, la pálida y triste figura de un chiquillo esquelético que arañaba blandamente las mohosas paredes sin hacer ningún ruido, comenzara a creer de verdad que estaba a punto de perder el conocimiento y que sufría alucinaciones. El agente Casas jamás hizo mención alguna de este suceso.

Tan pronto salieron al exterior, los agentes envolvieron al chiquillo en sus chaquetas, y se encaminaron a las dependencias del Hospital "Virgen de la Luz" para poner al recién encontrado niño bajo los preceptivos cuidados médicos, no sin antes citar al asombrado Don Celestino para que prestara declaración acerca de su extraordinario hallazgo.

El siete de Diciembre, tras el detallado examen médico del facultativo D. Manuel De la Cruz

("Oh, caramba ¡qué chicarrón tan hermoso!, Mira que fuerte está ¿quién tendrá valor para hacer una cosa así? ¡Alguna zorra que se ha olvidado que no se debe jugar con fuego! ¿A quién le corresponde hacerse cargo de la criatura?") el bebé fue puesto bajo la tutela judicial que decidió su entrada en el Orfanato del Santo Corazón, sito en el Parque de San Julián.

En aquel tiempo, el orfanato era un edificio decimonónico, de paredes ocre y grandes ventanales cubiertos de polvo que dejaban entrar en su interior una luz cenicienta y dormida. Antaño un desafortunado museo, después una escuela, el orfanato ostentaba los rastros de multitud de ocupantes y de ningún cuidado.

Unas amplias escalinatas unían las lóbregas aulas del piso inferior con los dormitorios comunales y el comedor del piso superior. Una puerta de madera pintada, cerrada con un antiguo cerrojo, conectaba el último piso con una vasta cámara bajo el tejado, en la que nadie, que yo sepa, había entrado desde el 14 de abril de 1894 cuando unos mozos de carga habían arrastrado hasta el lugar los vacíos anaqueles que contenían, en otro tiempo las colecciones de minerales del museo. A las tres y media de la tarde de aquel día, habían cerrado con su llave la pesada puerta aislando con ello aquel desván del normal transcurrir del tiempo. Los antiguos estantes acumulaban polvo en su sueño oscuro, amontonados con objetos inverosímiles y extraños: un conjunto de retortas de farmacéutico, hinchadas como enormes vejigas grises y translúcidas, un grupo de mapas murales que mostraban geografías alteradas por nuevos continentes de humedad y ríos de polvo, libros inflamados cubiertos de deyec-

ciones de ratón, marcos pardos con colecciones de mariposas grises,...

El tiempo medio de estancia de un niño en el Orfanato era de unos cuatro años. Los más jóvenes permanecían allí hasta que eran adoptados o hasta que las condiciones de habitabilidad y confort del edificio los alojaban en un hospital o en un ataúd blanco. Por contra, los más mayores, más difíciles de adoptar, solían fugarse del cuidado de las Hermanas Incluseras y encontraban su destino en el campo, en las crecientes urbes, en el omnipresente ejército o en la famosa Legión, donde nadie llevaba aún demasiado control de las edades y procedencias de los jovencitos de entonces.

Allí vi por primera vez la luz, en sentido figurado, claro está. Recuerdo un techo lejano y polvoriento, de estuco. Y las sombras móviles de las hojas de los árboles. Y recuerdo un inmenso castaño de indias que alguien plantó en 1927, cuando se inauguró el parque, en el lugar que antaño ocupaba un cenagal, ocasionalmente inundado por las crecidas del río Huécar. Allí sigue todavía.

La paciente labor de las Hermanas Incluseras, cuidando de aquellos pobres desheredados de la sociedad no era reconocida por los objetos de sus cuidados y desvelos. Los ingratos pupilos no parecían agradecer la sana disciplina que establecía una moral separación entre sexos. Ni disfrutaban con las espartanas camas de madera y blancas sábanas. No agradecían las diarias y vigorizantes duchas frescas tanto en invierno como en verano ni el higiénico corte de pelo que hasta las niñas llevaban. Pese a los desvelos de las ancianas Herma-

nas, no mostraban gratitud alguna por la sopa, el pan y las diarias legumbres de la única comida, ni se mostraban felices por la ausencia de las nocivas y debilitantes estufas y calefactores de las áreas destinadas a los pupilos.

Tampoco las diferentes administraciones mostraban reconocimiento a la labor educativa de las Hermanas. Año tras año, otras partidas presupuestarias, más urgentes seguramente que la educación y la salud de un puñado de futuros delincuentes, acaparaban las escasas pesetas que podrían haberse despilfarrado en preparar e instruir a los hijos de nadie.

Desde que los pupilos aprendían a caminar, el horario que se cumplía, por razones de lógica disciplina era el mismo:

A las seis y media de la mañana, la Hermana Celadora, recorría las habitaciones con una sartén y un martillo a guisa de improvisado gong, y repiqueteando alegremente, ora en la sartén ora en la cabeza de algún somnoliento, arrancaba los infantiles espíritus de una tierra de sueños grises y cenicientos y, sin embargo, consoladores.

Desnudos, a las siete menos cuarto, los niños por un lado y las niñas por otro, entraban en las duchas para efectuar sus abluciones matinales. Con el fin de fortalecer sus delicados cuerpos y prepararlos para afrontar las adversidades del mundo, tanto en invierno como en verano el agua fresca corría a discreción por los blancos azulejos mientras los muchachos más crecidos ayudaban a enjabonarse a los más pequeños con los grandes trozos del jabón casero que las propias Hermanas fabricaban con las grasas de la cocina.

Poco antes de las siete se esperaba que los niños y las niñas formasen una perfecta fila ante la

puerta de la capilla, vestidos con el práctico uniforme del Orfanato (falda y chaquetilla gris plomo para las niñas y pantalón corto y chaquetilla gris plomo para los niños) y correctamente peinados. Entonces impartía misa el reverendo padre Anselmo Cobillo, (quien años después moriría de cáncer de próstata para ser sustituido en su labor por el aún más ameno padre Leandro Muelas) Las Hermanas, con un celo que sólo puede comprender quien ha hecho de una actividad parecida su único objeto en la vida, oteaban sobre los pupilos ayudando a despertar a los que recaían en el sueño, con los estímulos adecuados aplicados con certera precisión y extraordinaria fuerza. Tras la misa, comenzaban las clases. El latín, el cálculo, la historia de la nación, los ejercicios de la catequesis... ocupaban las mañanas de los niños, mientras que la costura, el bordado, la lectura y las cuatro operaciones básicas de cálculo ocupaban el tiempo de las niñas. Durante una hora, según los grupos, salían al estrecho patio cercado del Orfanato y corrían disciplinadamente realizando diversas actividades gimnásticas. Alrededor de las dos y media, ambos grupos, chicos por un lado y chicas por el otro, pasaban al mortecino comedor. Tras la debida bendición de la mesa, comían. Para evitar trastornos digestivos y accidentes perjudiciales para la salud no se permitía hablar. También se consideraba sumamente educativo que los chicos no dejasen nada en los platos. El menú variaba entre las gachas de almortas y las sopas claras con una regularidad pensada para evitar al estómago sobresaltos imprevistos. Aunque, ocasionalmente, las collejas, las setas de estación o unos repuntes de jamón llegaban a adornar las cazuelas, se dieron unos nueve ca-

sos de parálisis infantil por consumo de almortas entre 1965 y 1973. Dos niños contrajeron el escorbuto en 1968 (uno de ellos, Fernando Cruz Expósito, que entonces tenía cinco años, murió antes de que alguien pensara en llamar a un médico o darle un zumo de limón).

Tras la comida, los pupilos podían disfrutar de unos minutos de asueto, libres para vagar a su antojo en los límites del patio o, si el tiempo lo permitía, en el parque contiguo. Reunidos en corrillos informales, los chicos y las chicas jugaban al gua, a las chapas, al pillao o vivían sus breves fantasías diarias. Poco después, se iniciaban las clases de la tarde.

A las seis y media, terminaban las clases con una hora de estudio y repaso hasta las siete y media. Cuando las autoridades se habían mostrado generosas, un vaso de leche condensada o un trozo de pan con chocolate constituían la merienda. A veces se rezaba después. Otras veces, simplemente se mataba el tiempo entre las rejas del patio. Se miraba pasar a la gente, entre fascinados y envidiosos, que miraban con curiosidad los blancos rostros infantiles o se hacían planes para un futuro desconocido como un continente sin explorar.

A las nueve, de vuelta en los dormitorios, tras las oraciones nocturnas, el sueño visitaba las amplias salas comunales. Alguna conversación susurrada languidecía en las oscuras salas. Algún sollozo nocturno se apagaba entre el rumor de los pasos de la Hermana encargada de los Dormitorios y luego, con la oscuridad amable, llegaban el descanso y el silencio.

Algunos chicos o chicas veían romperse esta rutina cuando la visita de algún pariente lejano o de un posible billete de salida (alguna pareja interesada en

adoptar un niño o, más frecuentemente, una niña) suspendía durante unos minutos el ciclo eterno de los días y las estaciones. Creíamos.

Fuera de aquellas cuatro paredes el mundo se movía deprisa. Casas nuevas sustituían a los viejos edificios y barrios enteros surgían en lo que hasta entonces eran labrantíos y huertas, superponiéndose unos a otros como imágenes de una película animada cada vez más veloz. Aún puedo ver la silueta del edificio del cine "Paladín" reverberar fantasmal, tras la cruda realidad de cristal y mármol de la sucursal de la "Caja Catalana de Ahorro" que se levantó, un buen día, en su lugar. O encontrarme, marchito y encogido, moreno, paria, perdido en un desfile de arios y blanquísimos colosos de reciente construcción, alguno de los viejos edificios cercanos a la estación del ferrocarril que marcaban el límite de la ciudad. Puedo recordar cómo, a veces en invierno, llegábamos a jugar hasta allí, mirando la frontera donde la noche comenzaba su reino sobre los campos, un poco más allá del círculo de luz de la última farola y señalaba un lugar ajeno, el reino de las cosas que no son humanas".

(Continuará)

Pues nada, amiguitos, deseando que hayáis disfrutado plenamente de todo este rollo y demás, nos despedimos de vosotros hasta el próximo número, en el cual, haciendo gala de nuestra proverbial impertinencia os ofreceremos de todo: desde la esperada receta para una golosa ensalada de nabos hasta la entrevista con la famosa actriz Michelle Innhes, conocida por películas tan recordadas como "La casa de Bernarda Alba al desnudo", "Romeo y Julieta sin sus padres", "Memorias

de África Fox” o la archifamosa “Sola en casa IV”. Continuaremos con nuestro folletín y además os brindaremos el espeluznante re-

portaje “Por qué conservé mis discos vírgenes hasta el matrimonio”. Recordad: no olvidéis supervita-

minaros y mineralizaros y que la fuerza os acompañe.
Pues eso.